

VISITA A LA DIÓCESIS DE CIENFUEGOS-SANTA CLARA

Iglesia Catedral de Santa Clara, 18 de marzo de 1995

Queridos hermanos y hermanas:

En este recorrido que el nuevo Cardenal cubano realiza por las distintas diócesis de Cuba, tengo hoy la honda satisfacción de estar entre ustedes, que en el centro de nuestra isla constituyen una inmensa diócesis por su población y por su extensión. Cienfuegos-Sta. Clara tendría necesidad de tantos sacerdotes, religiosos y religiosas que pudieran atender los reclamos espirituales de los miles y miles de hermanos nuestros que llaman a las puertas de la Iglesia. Algunos lo hacen por vez primera, otros redescubrieron sus raíces más genuinas, que se hunden en la fe de nuestros padres y abuelos, en aquella fe que fue sembrada en Cuba por hombres y mujeres llegados de lejos, pero que no son extraños, porque de un modo u otro sus descendientes somos nosotros mismos.

Esa fe conformó nuestra manera de pensar, de ver la historia, de considerar al prójimo, de concebir la familia, la amistad, el bien y el mal, la vida y la muerte.

Fue la fe cristiana la que nos ayudó a cuajar como nación. De las aulas del Seminario San Carlos, de la mente preclara y del corazón ardiente del Padre Félix Valera salió nuestra conciencia nacional, la noción de ser un pueblo con nuestras características propias. El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo estuvo abonando el suelo de la Patria. Luz y Caballero, Mendive, Martí, son herederos directos e indiscutibles de ese pensamiento cristiano que está en la fragua de nuestra cubanía como fuego integrador.

No es la fe católica advenediza o irrelevante en Cuba. No lo fue en nuestro origen como nación, no lo ha sido en nuestra historia remota o reciente. No lo es ahora. No lo llegó a ser, aun en la etapa no lejana en que el ateísmo, sí advenedizo y extraño a nuestra cultura, inducido y secreta y obstinadamente rechazado, impuso un trágico silencio sobre Dios. Porque la fe cristiana como recuerdo, como referencia, como patrón de valores perdidos, ha estado de un modo u otro actuando en la conciencia, atribulada a veces, perturbada otras, de muchos hombres y mujeres de nuestro pueblo de toda la condición cultural y social, forzados a una dolorosa opción que los alejaba de su iglesia, que los hacía expresarse en una nueva clave, aparentemente científica, que llamaba regazos del pasado a lo que había sido remanso de paz y fuente de valores para tantos hermanos nuestros: su fe católica.

Entre estos contamos a decenas de miles de compatriotas que habían estudiado en las escuelas católicas, lo mismo en grandes centros de enseñanza, que en la pequeña y familiar escuela parroquial, y a otros tantos que, de niños, habían aprendido en catecismo y hecho su primera comunión.

¡Cómo se guardaba calladamente y se comentaba solo en los círculos de amigos más íntimos el recuerdo maravilloso de las hermanas o los hermanos del colegio, de los padres, de aquella maestra católica que, terminada la clase en la escuela pública, reunía a los niños y les enseñaba a rezar y a conocer a Cristo; de aquella catequista dulce y buena que nos preparó para la primera comunión! ¿Cómo pudo ser reemplazada aquella vivencia noble y afectuosa por un sentimiento contrario y pernicioso: el temor! El evangelista San Juan dice en su carta que quien ama no teme, porque el amor expulsa el temor. Y es tan cierto: una madre pierde el miedo a las

llamas, si de rescatar a su hijo del fuego se trata. ¿Habrá huido entonces el amor del corazón de tantos cristianos cubanos que parecían durante años dominados por el miedo?

Miedo a no ascender en la escala social, a no obtener ciertos beneficios, a perder el trabajo o la carrera universitaria o una buena ubicación laboral. Miedo a que el niño no alcanzara al final de la primaria una buena escuela, a que se traumatizara si era cuestionado en público sobre su fe o su asistencia a la iglesia. Miedo a entrar en un templo, a bautizar a un niño, a mencionar en público el nombre de Dios. De una manera increíble desaparecería del vocabulario el «si Dios quiere» o el «gracias Dios» por una represión interna que nos llevaba, paradójicamente, a sentir más que nunca la presencia de Dios, por causa, justamente, de aquella artificial y obligada ausencia.

Sí, Dios se hizo misteriosamente presente en la vida de la gente. En una reciente encuesta, más del 85% de los cubanos dicen creer en Dios.

Esa fe estuvo siempre ahí, más que dormida, sofocada y hoy muchos de nuestros hermanos que llegan a nuestra Iglesia se preguntan en voz alta: ¿cómo pude alejarme yo de la comunión, cómo pude dejar de bautizar a mis hijos, cómo pude vivir como si Dios no existiera? Algunos sufren de auténticos complejos de culpabilidad; pero la culpa, llevada como remordimiento que tortura el alma, no es cristiana, es todavía falta de fe.

Cuando creemos en Cristo reconocemos nuestra culpa y nuestro pecado, pero no lo hacemos ante el Dios misericordioso que, hecho hombre como nosotros y clavado en una cruz, nos repite desde hace dos mil años a todos los pecadores su desconcertante sentencia: *«Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen»*.

Esta palabra redentora y eficaz vale para todos los que quieran acogerse a ella con corazón arrepentido. Ante la gran culpa nacional de haber entrado en el silencio sobre Dios o haber impuesto esta dura condición a las conciencias de otros hombres solo cabe el arrepentimiento y todos, unos y otros, pueden esperar el perdón del Señor que *«es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; que no nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestra culpa»*.

De misericordia y perdón trata precisamente el mensaje de este domingo que la Sagrada Escritura nos presenta en su altura sublime y su arrolladora exigencia. David perdona a Saúl, porque David había caldeado su corazón, desde niño, en el amor del Señor. Era, lo que San Pablo llamaría más tarde en su 1a carta a los Corintios, un hombre espiritual, no un hombre terrenal.

Hombres y mujeres espirituales debemos ser en Cuba los cristianos, no simples creyentes en Dios, como revela la encuesta ya mencionada. Solo se puede ser hombre espiritual si vivimos en profunda intimidad de amor con Jesucristo y hacemos en nuestra vida un seguimiento de Él.

Porque el amor es exigente e incluye siempre, y más aún entre nosotros cubanos de hoy, el perdón. El hombre terrenal lleva cuentas, no perdona, el hombre espiritual está consciente de llevar en sí la imagen de Dios comprensivo y misericordioso y no solo se sabe perdonado por su creador, sino que perdona a quien lo ha ofendido.

Hay perdones familiares: el de la madre al hijo, el del amigo al amigo, pero el perdón se torna difícil y heroico cuando debe incluir, como nos lo recuerda hoy el

Evangelio de Jesucristo, al enemigo, al que nos odia, al que nos persigue. ¡Cuánta valentía exige el perdón, cuánta dignidad y entrega hay en el ser humano que es capaz de poner la otra mejilla! Es lo que hicieron los mártires de la Iglesia de todos los tiempos. Esto es lo desconcertante del cristiano que sabe serlo, tanto como el «*perdónalos, Padre*», de Cristo clavado en la Cruz.

Es lo que Martin Luther King predicó hasta su muerte a los negros norteamericanos: que no usaran la violencia, que no se armaran, que no devolvieran golpe por golpe, en fin, que pusieran la otra mejilla y todo esto para ganar una batalla contra la discriminación sostenida por aquellos que tenían todo el poder. Sabía aquel ilustre cristiano que esto no dispensaría a los negros norteamericanos de golpes, vejámenes y prisión y, en frase ungida de fe evangélica, dijo: «*nos apalearán, nos derribarán al suelo, nos arrastrarán, pero nosotros, desde el suelo, los seguiremos amando*». En pleno siglo XX se hizo así vida y luz en medio de la nación americana el Evangelio de Cristo.

José Martí, de quien celebramos este año el centenario de su muerte, cuando aunaba mentes y corazones para alcanzar la independencia de Cuba, jamás enseñó el odio, ni aun para el adversario político o militar. Él estableció el amor en la cumbre de su obra literaria y patriótica y lo puso como cimiento de la Patria. No lo pudo expresar más sencillamente que en sus versos que el mundo entero conoce y canta: el apóstol de nuestra independencia, el artífice de esa libertad siempre anhelaba por el pueblo cubano, no sabía sino cultivar rosas blancas, para los amigos y los enemigos. Preparaba una lucha, pero decía al mismo tiempo: «*Es culpable el que ofende la libertad en la persona sagrada de nuestros adversarios*» (Obras Completas, T. VIII p. 258). «*El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos, aun del ente más infeliz, es mi fanatismo: si muero o me matan, será por eso*» (Obras Completas, T. III p. 166).

¡Cuánta savia evangélica está vivificando el pensamiento de Martí! ¡Cuán necesario es para el cubano de hoy conocer esta faceta esencial del pensamiento y el sentir martianos!

Es claro el llamado al perdón y a la reconciliación que nos hace este domingo la Palabra Revelada. Es constante e imperioso este llamado por parte de la Iglesia, en absoluta fidelidad al Señor.

Llamamos a la reconciliación y a la armonía en el seno de la familia, entre las personas en general, y al perdón que alcance aun al enemigo en el seno de la sociedad.

Queridos hermanos y hermanas: los cubanos, como pueblo, estamos necesitados de reconciliación y esta no puede darse sin perdón. El perdón no es el olvido. Quizá no sea bueno olvidar nuestras faltas y errores, para no volver a caer en ellos. La historia de los pueblos no puede tejerse de olvidos y silencios y los momentos más críticos reclaman siempre de quienes son actores en la vida nacional el perdón y la misericordia a fin de poder superarlos.

Esto exige de nosotros ser comprensivos, como el padre es comprensivo, no juzgar, no condenar. ¡Qué necesitada está la gente de no sentirse juzgada o condenada, sino comprendida y amada! ¡Cuán urgidos están los hermanos nuestros de esta cura de amor y compasión!

Es eso lo que buscan los jóvenes que por millares vienen a la Iglesia y piden el bautismo o los demás sacramentos de la iniciación cristiana: Ellos saben o intuyen que lo hallarán en Cristo.

Me han preguntado en repetidas ocasiones los periodistas extranjeros si el acercamiento de tantos cubanos de cualquier edad a la Iglesia coincidían con el «período especial». Sin darse cuenta, una cierta mentalidad materialista les hacía buscar en las carencias y penurias actuales la causa de este despertar espiritual. Pero es erróneo atribuir siempre a motivaciones materiales las inquietudes más hondas del espíritu humano. ¡NO! la gente no viene a la Iglesia procurando consuelo ante la falta de comida o de medicamentos; viene buscando misericordia, comprensión, acogida, amor. Y esta andadura espiritual comenzó mucho antes de la etapa de escasez que se ha llamado «período especial». La necesidad de una religión que llene los espacios que el ateísmo deja vacíos, que nos libre de vértigo existencial que produce la ausencia de Dios en el alma humana, eso es lo que trae a tantos hermanos nuestros a la fe.

Es así como el redescubrimiento de Dios, que es amor, ha ido expulsando el temor y la Iglesia ha comenzado a entrar en una etapa nueva de su historia. Un signo vivo y reciente de este momento de gracia ha sido el nombramiento de un Cardenal cubano por parte de Juan Pablo II. Él ha querido así confirmar el andar de nuestra Iglesia, en Cuba.

En pocas y sentenciosas palabras resumía el Santo Padre a los obispos cubanos que se habían hecho presentes en Roma para acompañarle al consistorio, su mirada de pasado y de futuro sobre la Iglesia cubana. Con tono firme nos dijo entonces: «*la Iglesia tiene que seguir trabajando!*» Esto significa: presto mi apoyo a esta Iglesia que ha trabajado para que continúe su trabajo.

¿Y cuál es el trabajo que Dios quiere?, preguntaron los discípulos a Jesús. Respuesta del Señor: que conozcan al Padre y a su enviado Jesucristo. Esta es la misión de la Iglesia, conocer y dar a conocer a Cristo salvador y hacerle saber a los hombres que son amados por Dios Padre. En una palabra, evangelizar al pueblo cubano.

Habiendo vencido, pues, la parálisis y en cierto grado el temor, tenemos que dejar a un lado la conciencia estrecha de una Iglesia que no puede hacer nada por la certeza renovada y sostenida en la fe de una Iglesia que ha entrado en una nueva situación, que puede catequizar a los niños, que puede llamar a las puertas para anunciar a Cristo salvador, que puede ayudar al que sufre en el cuerpo o en el espíritu, que puede reunir a los cristianos para dar a conocer la palabra de Dios, aun allí donde no hay templo. Una Iglesia que puede celebrar públicamente a Jesucristo, que puede tener un cardenal, que puede recibir –por qué no– la visita de Juan Pablo II.

Una Iglesia que reemplazó el temor por el amor, el silencio y la inacción por la esperanza. Que está plenamente consciente de su misión evangelizadora que incluye la reconciliación y el perdón entre todos los cubanos de dentro y fuera de nuestro país: una Iglesia que habla a su pueblo por medio de sus pastores y que escucha el clamor de ese pueblo que pone su mirada de simpatía, de confianza y de fe en ella.

Pero una Iglesia consciente de que hay también otras miradas que la escrutan: la mirada de la sospecha o del rechazo, la mirada del interés social o político.

Una periodista extranjera que me entrevistaba para la T.V. de su país, dos días después de conocerse mi designación para el Colegio Cardenalicio, comenzó su diálogo preguntándome: ¿Cree Ud. que el mercado agropecuario es el comienzo de los cambios en Cuba? Le respondí que me esperaba una pregunta sobre el significado del nombramiento de un Cardenal en Cuba, sobre el creciente número de jóvenes que acuden a nuestra Iglesia, sobre el aumento gradual y sostenido de las vocaciones sacerdotales y religiosas en nuestro país, sobre el compromiso del laicado cubano en nuestra evangelización.

El contenido de la pregunta era, ante todo, económico y político, la mirada de la periodista era una mirada interesada, pero no primeramente en la Iglesia y su misión. Repito, hay muchas miradas sobre la Iglesia y variados intereses que la solicitan. Pero la mirada de la Iglesia está fija en Jesucristo y su interés es el anuncio del Reino de Dios y nada ni nadie debe desviarnos de este camino.

Porque este es exactamente el camino recorrido por tantos hombres y mujeres de nuestro pueblo, sedientos de Dios, en busca de luz y verdad. Y este sendero ha sido y es transitado bajo la acción del Espíritu Santo, que es el único que puede actuar en el corazón humano, que expulsa el odio, trae la concordia, libera del miedo, invita a la reconciliación y al perdón y siembra la paz y el amor.

Otras palabras del Papa Juan Pablo II dichas a los obispos de Cuba al final de la audiencia al nuevo Cardenal y a sus acompañantes debe inspirar el programa de nuestra Iglesia en el futuro; *acuérdense de la Virgen*, nos dijo el Santo Padre. Para nosotros, cubanos, hacernos pensar en María es volver los ojos del corazón hacia El Cobre, donde la Virgen de la Caridad, con su mismo título hermoso de Madre del amor, convoca a sus hijos al encuentro fraterno y nos abre cada vez horizontes de esperanza.

Con Ella contamos para la gran misión de la Iglesia en Cuba, para realizar en medio del pueblo cubano, que Ella ama, los trabajos que Dios quiere, para permanecer fieles y activos, para nunca separarnos más de su hijo Jesucristo y hacer lo que Él nos diga.

Que la Virgen de la Caridad anime y sostenga a la Iglesia cubana en esta nueva hora de su peregrinar, que bendiga al Obispo de esta diócesis, a su obispo auxiliar, a sus sacerdotes, diáconos y religiosas, que bendiga a todos los villaclareños (cienfuegueros, trinitarios).